

ACCIÓN DE GRACIAS Y ORACIÓN

15 Por esta razón también yo, habiendo oído de la fe en el Señor Jesús que hay entre vosotros, y de vuestro amor por todos los santos,

16 no ceso de dar gracias por vosotros, haciendo mención de vosotros en mis oraciones;

17 pidiendo que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en un mejor conocimiento de él.

18 Mi oración es que los ojos de vuestro corazón sean iluminados, para que sepáis cuál es la esperanza de su llamamiento, cuáles son las riquezas de la gloria de su herencia en los santos,

19 y cuál es la extraordinaria grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, conforme a la eficacia de la

fuerza de su poder,

20 el cual obró en Cristo cuando le resucitó de entre los muertos y le sentó a su diestra en los lugares celestiales,

21 muy por encima de todo principado, autoridad, poder, dominio y de todo nombre

que se nombra, no solo en este siglo sino también en el venidero.

22 Y todo sometió bajo sus pies, y a él le dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia,

23 la cual es su cuerpo, la plenitud de aquel

que lo llena todo en todo.

Efesios 1:15-23 (BLA)

INTRODUCCIÓN

Es importante comenzar observando la prioridad del apóstol, es decir, primero está Dios, de ahí la doxología (1:3-14), y después la intercesión por otros (1:15-23). La verdadera oración debe balancear la alabanza con la oración, lo que implica una actitud equilibrada ante el plan de salvación que se acaba de exponer; toda bendición ya la tenemos en Cristo y falta que pasemos de la alabanza a la apropiación. Y una actitud igualmente equilibrada respecto a nuestra relación con Dios en la secuencia alabanza-oración. Además la verdadera oración reconoce y asume la obra de las tres personas de la Trinidad: Padre (3,17), Hijo (3,20) y Espíritu Santo (3 “bendición espiritual; 17 “espíritu de...”). Nos llegamos al Dios que tomó la iniciativa en la salvación, por medio del Hijo y en la potencia del Espíritu (2:18).

EL RECEPTOR DE LA ORACIÓN

Es el “Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria”, es decir, el título de 1:3 es ampliado y se subrayan expresamente las palabras “el Padre de gloria”. El “Padre de nuestro Señor Jesucristo” nos hace mirar atrás (1:3) para darnos seguridad que ya tenemos todas las bendiciones; “el Padre de gloria” apunta adelante a la petición que seguirá (17-19a). Advertimos que los títulos de Dios son adecuados para los contenidos de las oraciones, como si se afirmara que el poder, gracia o gloria de Dios son ilimitados; no importa nuestras necesidades porque hay recursos suficientes para suplirlas. El Padre es la fuente de toda gloria verdadera, y gloria y poder a menudo son sinónimos en Pablo, por

ejemplo, la resurrección de Cristo es tanto una manifestación de su poder (1 Co. 6:14) como de su gloria (Ro. 6:4). Así que, tiene recursos insondables para responder por más amplia que sea nuestra petición.

LA ACCIÓN DE GRACIAS

Que se haga alusión a la fe y amor significa que los lectores están participando de las bendiciones enumeradas en 1:3-14. El apóstol ha terminado la adoración pero sigue con alabanza a Dios por su operación práctica de las bendiciones que son evidentes en la vida de los efesios. Calvino dijo: "observar aquí que con fe y amor Pablo resume toda la perfección de los cristianos". Es imposible estar "en Cristo" y no ser movidos hacia él con confianza y hacia su pueblo con amor, o sea, reconocer las obligaciones creadas por una fe común. Y es importante la palabra "todos" porque los que están "en Cristo" han de ser considerados como hermanos, sean judíos o gentiles, varones o mujeres, o miembros de otras denominaciones.

La fe de salvación es lo primero por lo que dar gracias porque todo es debido a la "gracia", no al mérito humano (2:8,9). Pero después está la fe práctica porque esta es demostrada en la vida de cada día. Estamos a menudo dispuestos a impugnar la sinceridad y valor de la fe del otro si vemos en él alguna falta. Frecuentemente somos incapaces o renuentes a reconocer algún rastro de la obra divina, o cualquier indicación de la presencia de la vida divina. Esto no es el estilo de Pablo. Veía la bondad; podía entristecerse por los pecados de los cristianos, y censurarles por ellos, pero se regocijaba cordialmente en toda manifestación, por débil que fuese, de un deseo genuino de cumplir la voluntad de Dios. Observaba el comienzo de la vida en los recién convertidos, y en algunos de ellos la gloria estaba casi escondida en las densas nubes de la ignorancia, superstición y conducta viciosa de la vida pagana anterior; pero aún podía ver rayos de luz en medio de las nubes. Porque la luz puede intensificarse con el tiempo, sobre todo si oramos por ello.

El amor de Dios mismo, capaz de amar incluso a los no atractivos, ha sido derramado en los corazones por el Espíritu que nos fue dado. Los efesios decidieron ejercerlo. Como alguien ha dicho tenemos religión suficiente para que nos odie el mundo, pero no lo suficiente para amarnos unos a otros. Solo los que pueden dar gracias por los logros de otros pueden orar por ellos verdaderamente.

LA INTERCESIÓN

¿Cómo hemos de orar por aquellos a los que amamos; por nuestros hermanos en Cristo? Pablo nos da un ejemplo. No pide una "segunda bendición" sino que aprecien plenamente las implicaciones de "toda bendición espiritual" que ya nos han sido dadas en Cristo. En verso 18 nos encontramos el verbo principal en las palabras "para que sepáis", de ahí tenemos dos cosas:

La intención de la oración: "sepáis"

1.- Se pide por conocimiento. Ya hemos tenido un anticipo en las palabras “nos dio a conocer el misterio de su voluntad” (1:8,9) y ahora se retoma este tema. Una petición similar la encontramos en Colosenses 1:9 donde la sabiduría se relaciona con el conocimiento de su voluntad, esto es, su propósito de salvación, que supone un andar digno en el Señor (Col. 1:10). El “misterio” ya nos ha sido dado a conocer (1:9,10) pero nos es necesario captar su pleno significado y nuestro lugar en dicho plan divino. “El conocimiento de Dios es la meta de la sabiduría y revelación” (F. F. Bruce). Ver Efesios 3:18; Filipenses 1:9. Crecer en conocimiento es imprescindible para crecer en santidad, y eso está estrechamente relacionado con “el conocimiento de Cristo y la conformidad a su semejanza, que, a su vez, es la sustancia de la revelación” (C. F. D. Moule). De hecho, los efesios ya conocen a Cristo pero tienen que conocerle mejor, y el mismo apóstol nos da la pauta al decir “a fin de conocerle, etc “ (Fil. 3:10).

2.- Se pide por la iluminación que provea este conocimiento. El verbo fōtizō tiene varias aplicaciones pero en este caso (y en 3:9) se refiere al entendimiento de la verdad cristiana. Hay tres conceptos que conviene matizar. A grandes rasgos: 1) Revelación es descender el velo de la verdad que Dios recogió en las Escrituras. 2) Inspiración es el método por el que el Espíritu supervisa los contenidos de las Escrituras. 3) El Espíritu Santo ayuda al creyente a entender el significado de las Escrituras. La revelación e inspiración ya han fijado la verdad inmutable de la palabra de Dios. Pero necesitamos la iluminación del Espíritu de verdad, el verdadero maestro del pueblo de Dios, para entenderla. El Espíritu tiene relación con la mente de Dios revelada en la Biblia y con la del creyente que busca entenderla. El no regenerado está ciego a la verdad de Dios (1 Co. 2:14), pero el creyente puede comprenderla si es maduro de carácter y mantiene su comunión con el Señor. A veces esta iluminación llega por el ministerio de dones de enseñanza ya sea mediante predicación, página impresa o medios de comunicación.

Hubo muchas personas que escucharon las maravillosas palabras de Jesús, pero pocos las entendieron en su significado y alcance para ellos mismos. Los sabios y entendidos quedaron en tinieblas mientras a los “niños” les fue revelada la verdad sobre el Hijo eterno. Al rey Sedequías le sacaron los ojos y le llevaron a Babilonia, una ciudad de fábula, una de las maravillas del mundo antiguo, pero nada pudo ver porque sus ojos estaban cegados. Un ciego comenzó a ver algo cuando Jesús tocó sus ojos, y necesitó otro toque para ver claramente. Es lo mismo espiritualmente. Podemos leer una y otra vez un pasaje o estudiar una doctrina pero necesitamos la visión espiritual en el centro de nuestra personalidad, el corazón, para percibir la verdad. Y la oración es clave para el descubrimiento de verdades que repetimos intelectualmente pero que desconocemos en su poder transformador.

El propósito de la oración: “para que sepáis”. Hay tres cosas en las cuales necesitamos visión espiritual: Esperanza, riquezas y poder (18,19a).

1.- Conocimiento escatológico (18b). El llamamiento de Dios, en el evangelio, nos llegó en el pasado cuando invocamos la salvación que nos era ofrecida, y comenzó nuestra vida cristiana. De este amplio tema destacamos nuestro llamamiento a la gloria celestial, nada comparable con el sufrimiento en este mundo. Esta esperanza es la consumación de nuestra salvación, con la redención de nuestros cuerpos. Su origen está en la elección

eterna (1:4) y está sellada por el Espíritu Santo (1:13,14). La esperanza objetiva es invisible, está en el futuro y vinculada con “reunir todas las cosas en Cristo” (1:10). En otro tiempo los lectores gentiles no sabían nada de esta (2:12), pero ahora todos los creyentes tenemos la expectativa de aparecer con Cristo en gloria (Col. 3:4). Tenemos la certeza de que seremos semejantes a él (1 Jn. 3:2). Podemos llamarla salvación, justicia, resurrección en un cuerpo incorruptible, vida eterna, la gloria de Dios... a esto hemos sido llamados y el Espíritu nos da la convicción necesaria.

2.- Conocimiento eclesiológico (18c). Es interesante que diga “su” herencia, es decir, es diferente de “nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz” (Col. 1:12). Dicho de otro modo, en este caso la iglesia es la herencia de Dios, no la que él otorga (2:19; 3:6; Hch. 26:18) ¡qué maravilloso que los creyentes formemos parte del pueblo de Dios! El dueño de todo cuanto existe en este mundo y en el universo visible e invisible, tiene a la iglesia como su tesoro especial ¡los redimidos son más dignos que el universo! “Pablo ora para que los lectores aprecien el valor que tienen para Dios, su plan para cumplir su propósito eterno por medio de ellos como las primicias del universo reconciliado del futuro, para que sus vidas estén en línea con el alto llamamiento y acepten con humilde gratitud la gracia y gloria derramada sobre ellos” (F. F. Bruce). Obviamente esta realidad es solo posible para gentes que aún son imperfectas porque Dios los ve “en Cristo”.

3.- Conocimiento soteriológico (19). El poder que levantó a Cristo de entre los muertos, le sentó a la diestra de Dios y le dio autoridad sobre todo, es el que está obrando en el creyente. Con eso contamos entre el comienzo y el final de la vida cristiana. El apóstol se refiere a un poder suficiente y para ello agota su lenguaje al describir el poder de la resurrección (19,20). Es el poder que nos cambió de hijos de ira a hijos de Dios, el mismo que nos da la victoria sobre el pecado en el día a día, y el que veremos realizado en la transformación de nuestros cuerpos en el futuro. El problema no está en esta realidad sino en la percepción y grado en que conocemos y disfrutamos de ello.

CONCLUSIÓN

Las cosas reveladas están fijadas como verdad eterna en la Biblia y lo que necesitamos es “espíritu de sabiduría y de revelación” para que se abran los “ojos de nuestro corazón” y veamos con admiración, no exenta de adoración ni de consagración, todo lo referente al plan eterno de Dios y su pertinencia para nosotros. La palabra de Dios sigue siendo verdad sea que la percibamos o no. En esto nos distinguimos de la neo ortodoxia que confunden la revelación con la iluminación porque hacen del descubrimiento de la verdad por parte del hombre el lugar de la revelación. Pablo pide que conozcamos lo que ya ha sido revelado por medio de los apóstoles y escritores sagrados en general. Este es un tema de intercesión especialmente por parte de los maestros, quienes primero deben ponerse humildemente delante del Señor para recibir luz para interpretar y vivir las verdades de la Palabra, y luego pedir que la enseñanza sea iluminada por el Espíritu para que haya en los oyentes y/o lectores verdadero crecimiento a la semejanza de Cristo.